

Dr. Hans A. Lindemann

El individuo y el ser humano



EN el libro de Alexis Carrel «La incógnita del hombre» hay un capítulo que lleva el mismo título que este ensayo. El autor dice allá que «los seres humanos no se encuentran por doquier en la naturaleza. Sólo hay en ella individuos». Y más tarde sigue diciendo: «Hoy nos enfrentamos de nuevo con un problema que absorbió las mentes filosóficas de la Edad Media: el problema de la realidad de las ideas generales».

En muchas partes de la obra citada el autor vuelve sobre el particular sin solucionar del todo esta cuestión de suma importancia de la filosofía clásica, aunque llega más cerca de la solución definitiva de este problema que otros pensadores que han tratado el asunto; en varios otros problemas filosóficos que el autor toca ha tenido menos suerte.

Antes de entrar en el análisis de las «ideas generales» o más bien de las universales, queremos observar que Carrel, lo mismo que varios otros hombres científicos de gran importancia, físicos, biólogos y fisiólo-

gos que han sentido la necesidad de escribir libros filosóficos, empiezan sus libros a menudo más o menos como el autor, que dice: «El autor de este libro no es un filósofo. Es solamente un hombre de ciencia». A pesar de que la mayoría de los hombres científicos especialistas demuestran, por sus libros «filosóficos», que están más o menos familiarizados con ciertos métodos modernos de un criticismo filosófico adecuado, caen a menudo de nuevo en las redes de un realismo ingenuo que obscurece una parte de su obra, porque no llegan al fondo epistemológico de los conceptos fundamentales que están empleando. Por eso no alcanzan esa claridad de expresión en algunas partes de su obra que en otras ya han admirablemente ganado.

Es que casi todos los grandes especialistas de la ciencia moderna, hombres geniales y seculares, desprecian generalmente con razón la filosofía de las escuelas, que no les puede enseñar nada de nuevo. Sin darse cuenta de que ya existe una disciplina nueva de crítica filosófica científica severa, que requiere un estudio profundo de la lógica moderna con su epistemología correspondiente, confían en su buen sentido común. La consecuencia natural es que pronto caen en la red espesa de ciertos conceptos vagos de nuestro idioma fenomenal sin encontrar salida.

Carrel dice bien que «nos hacen falta ambos—lo general y lo particular, el ser humano y el individuo—». «La realidad de lo general, es decir de los Universales, es indispensable a la construcción de la

ciencia, porque nuestro espíritu sólo se mueve a gusto entre abstracciones». Pero más tarde (página 262), dice nuestro autor que el médico «es una víctima de la creencia en la realidad de los Universales». En esto tiene seguramente razón, pero antes había dicho, en la frase que acabamos de citar, que la «realidad» de los Universales es indispensable a la construcción de la ciencia. ¿Ahora, si se necesita la «realidad» de los Universales, como puede entonces ser tan perjudicial la creencia en su «realidad»? ¿Tal vez quiere Carrel insinuar que hay dos realidades de carácter diferente? Si es así debiera definir exactamente estas dos realidades diferentes, lo que no ha hecho en ninguna parte de su libro. Si hubiera tratado tal cosa se habría dado cuenta de que sus dos «realidades» tienen un carácter tan diferente que conviene separarlas una vez por todas bien claro, dándoles nombres diferentes que ya nos permiten clasificarlas en un sentido unívoco.

Para el análisis lógico y epistemológico moderno es de suma importancia separar una vez por todas «lo real», todo es, todo lo que nos revelan nuestros sentidos diferentes, sea directamente o por medio de los experimentos en nuestros laboratorios científicos, de los simbolismos diferentes (los diferentes idiomas) que estamos usando para describir y explicar los fenómenos reales de la naturaleza. Los conceptos son puras construcciones a base de la realidad práctica de nuestros sentidos. Cada concepto que no sea un nombre propio para una cosa individual de nuestro mundo práctico

«real» es un Universal. Estos Universales tienen carácter muy diferente. De los universales propios que han sido abstraídos de la realidad práctica de los objetos y de procesos naturales en general, distinguimos conceptos de puras relaciones como la cópula, como «más grande que», «más chico que», «a la derecha de», «debajo de», etc., o conceptos llamados deícticos como «éste», «ése», «aquél», etc., y los constantes lógicos como «y», «o», «no» y la «implicación». También toda la matemática es una construcción lógica a base de los números naturales. Cada concepto es una entidad mental que se expresa mediante el símbolo (palabra) pronunciado o escrito. Los conceptos propios concretos significan los rasgos principales configurativos del conjunto de los procesos individuales que experimentamos y que queremos clasificar por medio del concepto. Los conceptos de «casa» o «silla» o «mesa» tienen los rasgos principales de las casas, sillas o mesas individuales que todo el mundo conoce. El concepto es, por eso, una construcción a base de la realidad práctica que es la única «realidad» que aceptamos. El Universal está construído a base de esta realidad y la simboliza en sus rasgos principales. Mientras que el aspecto de lo Individual cambia constantemente según la perspectiva de los objetos en el espacio, según la luz y la sensibilidad de nuestros sentidos y según los aparatos que usamos para observar y analizar de cerca los objetos y procesos de la «realidad», el concepto puro es siempre el mismo, pues es una construc-

ción nuestra que sólo refleja algunos rasgos de lo individual. Los conceptos diferentes de nuestro idioma se están delineando constantemente por el uso del idioma mismo y adquieren sus sintácticas, esto es, sus relaciones «interiores» (palabra de los filósofos norteamericanos e ingleses) con otros conceptos por la misma práctica del hablar. Esta sintáctica de nuestro idioma fenomenal de «todos los días» no es fija del todo para siempre; al contrario, casi todos los conceptos de nuestro idioma diario cambian con el tiempo. Después de un siglo o de dos, muchos conceptos ya tienen otro matiz, pues han cambiado la vida y las costumbres de un pueblo y muchos conceptos viejos de nuestros antepasados «suenan» diferentes a nuestras orejas que a los de las generaciones pasadas. Sólo los conceptos de las ciencias son más sólidos, porque han sido constituidos para un fin especial con definiciones exactas. Con conceptos universales exactos formamos las leyes naturales, y las leyes más exactas las expresamos por medio del simbolismo de la matemática, que es también un idioma a base de la lógica. Usamos por eso los universales y las leyes naturales construídas a base de la realidad práctica de nuestros sentidos para descifrar y explicar los procesos individuales, o mejor los acontecimientos individuales, en el espacio y en el tiempo. El simbolismo de nuestros diferentes idiomas es un mundo más o menos fijo por sí, construído a base de la realidad práctica y destinado a describir y explicar (esto es analizar y componer de nuevo) toda la reali-

dad práctica que nos revelan nuestros sentidos reforzados por los aparatos de nuestros laboratorios científicos. Se puede decir que la tarea científica de la humanidad consiste en describir y explicar con conceptos siempre más exactos toda la realidad práctica de la naturaleza, incluso la vida humana en sus diferentes aspectos. Esta labor no puede tener fin, pues nunca estamos seguros de si hemos interpretado bien los fenómenos naturales. Sólo la práctica de la labor de muchos siglos hará siempre más seguro nuestro saber. Con razón ha dicho Percy W. Bridgman, a quien Carrel también ha mencionado en su libro «La lógica de la física»: «La tarea de encontrar conceptos con los cuales podamos describir adecuadamente la naturaleza es la tarea más importante y más difícil de la física».

Por eso los Universales jamás tienen realidad en el mismo sentido que la única realidad práctica que experimentamos, sino son construcciones simbólicas que representan rasgos invariables de la realidad. El problema filosófico central es entender el carácter verdadero de los Universales, pues casi todos los grandes errores humanos tienen su origen en la aplicación metafísica de los Universales y en el malentendido de los conceptos. El apego a confeccionar conceptos metafísicos a gusto, dándoles una supuesta realidad práctica, es uno de los pecados mayores del hombre. Las luchas más sangrientas y encarnizadas de la humanidad se han entablado alrededor de conceptos metafísicos puros. Por eso ha sido tan funesta la creencia en la

realidad de los Universales, como subraya también Carrel. Los Universales, que son símbolos de «cristalización» de las regularidades y leyes naturales observadas, están en constante movimiento. Son como las monedas acuñadas de valor fijo, pero que van siendo fraccionadas cada vez más para llenar las necesidades de una interpretación siempre más exacta de la naturaleza y de la vida. A veces se construye un sistema «monetario» completamente nuevo para una economía nueva, y conceptos nuevos para una ciencia nueva. O se introduce un simbolismo nuevo cuando el viejo ya no sirve para ciertos datos nuevos de la realidad práctica (véase, por ejemplo, el nuevo simbolismo matemático de la teoría física de los «Cuanta»).

Jamás se debe substancializar el Universal, haciendo de él una realidad metafísica absoluta. De esta manera se falsifica la vida, la ciencia se pasma y se estanca, cuando pueblos enteros luchan por el predominio de sus Universales metafísicos, que consideran como la realidad «verdadera», la «esencia» de las cosas y de la vida. De esta manera se está pasmando, poco a poco, una cultura entera (véase, por ejemplo, el Mahometismo).

Si Carrel dice que el médico es a veces una víctima de la creencia en la realidad de los Universales, quiero insinuar que el sistema de los Universales aprendidos (el saber teórico adquirido) por ciertos médicos les impide ver que no se pueden clasificar los enfermos así no más conforme a las teorías aprendidas.

Hay que observar en primer lugar todos los síntomas del enfermo en su conjunto vital, dándose cuenta de que los Universales no son substancias, sino los medios de interpretación. El gran médico debe disponer de dos facultades diferentes. Debe dominar completamente el mundo de los Universales de su ciencia y debe disponer de una intuición ingenua. Debe saber que ningún fenómeno empírico se repite en iguales condiciones en este nuestro mundo. Los Universales sólo ayudan al hombre a encontrar la verdad en cada caso, pero sólo simbolizan una parte de la verdad que hay que verificar siempre de nuevo en los hechos empíricos individuales. Cada observación científica de importancia incluye por eso también una nueva adaptación y a veces una revisión de ciertos conceptos universales.

El análisis de los Universales es la labor primordial y fundamental del filósofo. Hombres científicos geniales muchas veces han sido renovadores de la filosofía, dando un empuje nuevo a toda una generación de filósofos, como por ejemplo Einstein con su definición nueva del tiempo físico. La definición nueva de Einstein, una labor filosófica genuina, casi contiene ya toda la teoría de la relatividad especial. Para el análisis profundo de los Universales, de las leyes naturales, del problema psico-físico, del problema del vitalismo, del libre albedrío y de los valores humanos y de varios otros problemas fundamentales, se precisa un método especial que debe adquirirse lo mismo que se exige con razón un método especial para cualquiera.

otra disciplina científica. Sin la disciplina de la lógica moderna, la filosofía cae de nuevo en las redes de un realismo ingenuo o cae en una metafísica estéril de escuelas. Sólo el análisis metódico del fondo epistemológico de los conceptos universales dará al filósofo el nuevo empuje que necesita tanto para desempeñar su papel importante, para que la filosofía sea otra vez la reina de las ciencias, como lo ha sido en los tiempos clásicos de los grandes filósofos.

Buenos Aires, abril de 1939.